

MISIÓN PERÚ

En una mañana tranquila en la antigua España, la familia Rodríguez tomaba desayuno en su comedor. La pequeña Julia estaba más pendiente de la puerta que de su comida, pues en unos minutos llegaría el cartero. Unos minutos después del desayuno, llegó la correspondencia. Julia corrió hacia la puerta y tomó las cartas, se las dio a su madre y ella leyó cada una de ellas, pero en voz alta una que tenía el sello de la familia Villarreal.

— *“Querida familia Rodríguez. Como ustedes saben, nosotros nos embarcamos a explorar las tierras desconocidas que fueron descubiertas hace años. Estas son espectaculares, les invitamos a que viajen y lo descubran, quedarán impresionados. Atentamente, Angel Villarreal”*. —terminó de leer— ¿Qué piensas, querido?

El hombre se quedó pensando mientras las miraba. —Es una buena idea, quizás un cambio de ambiente nos vendría bien.—

De esa manera, la familia Rodríguez empezó a sacar todas sus pertenencias de la casa para subirse a una embarcación y dirigirse a *América*, aunque específicamente a la zona principal de la estancia española, Lima, Perú.

Luego de incontables días de viaje, el barco arribó a las costas del Callao. Preguntaron por la familia Villarreal, a lo que les dieron una dirección. Llegaron acompañados de soldados y cuando ya estaban dentro, estos se retiraron. — ¡Es una gran noticia que hayan podido venir! —dijo alegre la Sra. Villarreal— — Nosotros también estamos felices de estar aquí.

Julia se sentía muy emocionada por el hecho de hacer nuevos amigos en este lugar llamado Perú. No dudó en pedir permiso para salir a explorar, a lo que sus padres accedieron con gusto.

— Deben tener cuidado con los nativos —dijo el Sr. Villarreal— Son muy violentos y pueden estar en cualquier parte.

— No te preocupes, nuestra hija es sabia. Ella sabe diferenciar a las personas de clase y educadas de las otras. —respondió el Sr. Rodríguez—

Muy lejos de la casa de los Villarreal, Julia se entretuvo jugando por el campo. Exploró ese hermoso lugar, alejado de toda la civilización de donde habían arribado, grande fue su sorpresa al ver a una niña de su misma altura cosechando los frutos de las plantas.

— ¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó esa niña—

— Soy Julia y solo estaba explorando el lugar de... —pensó unos segundos— ¡Lima!

— Ah... Pues no deberías estar aquí, esta es una zona de esclavos. —respondió sin mirarla—

— ¿Esclavos? —preguntó sin recibir respuesta— ¿Tú eres una esclava?

— Mi familia es esclava, nosotros somos *indios* —contestó— Desde que personas como ustedes llegaron, nos hicieron esclavos y nos pusieron ese nombre.

— Te refieres a los españoles —le corrigió— Pero a mi me dijeron que estas tierras habían sido descubiertas hace poco, por lo que creí que nadie vivía aquí.

— Pues pensaste mal —pasó a su lado— Según mis padres, ellos vivían muy bien antes de la llegada de los españoles. Eran libres.

— Bueno... ¿Cuál es tu nombre? Yo te dije el mío, pero tu no. —preguntó Julia para cambiar de tema—

— Mi nombre es Nina, pero debes irte. Si te ven aquí nos harán daño —habló más preocupada—

— ¡No me iré! Aún quiero preguntarte más cosas sobre ti y este lugar.

Finalmente, Nina aceptó que Julia se quedara con ella para seguir hablando. Con el paso de los minutos las dos pequeñas de diez años se hicieron buenas amigas. El sol empezaba a desaparecer y Julia volvió a la casa donde sus padres la esperaban.

— Mamá...

— Dime bebé —se acercó a ella— —

¿Qué es ser esclavo?

— ¿De dónde sacas esa palabra, cariño? —preguntó frunciendo el ceño— — La escuche mientras caminaba —mintió— ¿Qué significa?

— Significa trabajar para una persona y obedecerla en todo.

— Oh, de acuerdo. —terminó de decir sin quedar satisfecha—

Los meses pasaron y las niñas seguían reuniéndose para hablar y conocerse mejor. Mientras que los padres de Julia se encargaban de las tierras en las que vivían, porque ellos viajaron solo para confirmar la conquista española. Por supuesto la Sra. Rodríguez omitió decirle a su hija, pues solo ellos sabían la verdadera razón del viaje de los Villarreal.

El 27 de ese mes, Juila visitó a Nina en su casa. Su madre trabajaba y quedaron solas. Nina buscaba unas hierbas en la cocina, pero encontró un folleto con una bandera bicolor. Tenía un texto, así que llamó a su amiga.

— ¡Julia, ven a ver esto! —exclamó Nina dentro de su casa—

— ¡Ya voy! —respondió y entró corriendo—

— Tú sabes leer, dime qué dice aquí —señaló el papel—

Julia empezó a leer lo que decía en ese papel y le contó a Nina. Ambas quedaron impresionadas, eso cambió todos sus planes. Las dos irían a la Plaza de Armas mañana.

El día llegó, Julia escapó de su casa y se encontró con Nina en un parque. Caminaron hasta la Plaza de Armas y vieron a un gran grupo de gente mirando a un balcón, donde estaba un señor con traje y bandera en mano. Aquel hombre exclamó con orgullo unas palabras.

— Desde este momento, el Perú es libre e independiente, por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende. ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad ¡Viva la independencia!

Todos los presentes aplaudieron y celebraron. Por fin el Perú sería un país libre de opresión y maltratos. Nadie olvidará este día, un 28 de julio que quedaría en la historia.

La misión Perú ha empezado...

Autora: GARCIA GODOS LEON, Andrea
2do puesto – categoría C
7mo grado C